

Palabras de presentación del libro *Aire dividido: crítica a la política del aire en el Valle de México*

José Luis Lezama*

Buenas noches a todos los aquí presentes, me siento muy honrado con su presencia y por el interés que han mostrado en la presentación de este libro, *Aire dividido*. Agradezco al doctor Andrés Lira, presidente de El Colegio de México, su participación en este acto y su apoyo a mi labor como investigador en el campo de lo ambiental. Al doctor Mario Molina le expreso mi gratitud por su asistencia y comentarios, así como por compartir con nosotros sus ideas. Al señor Víctor L. Urquidi, profesor emérito de El Colegio de México, también le estoy agradecido por sus comentarios y por el intercambio de ideas del que me he beneficiado, dados sus ya varios años de reflexión sobre el medio ambiente y el desarrollo. Agradezco también al doctor Manuel Ordorica sus conceptos y el apoyo para la realización de este libro, y al licenciado Gustavo Cabrera el estímulo de siempre. Gracias a todos ustedes por la solidaridad que demuestra su presencia aquí.

La contaminación del aire en México y el mundo es parte de una problemática más amplia, tiene que ver con el desarrollo de la sociedad industrial y con sus logros, pero también con sus fracasos y sus límites. Es resultado de la intervención humana sobre los ecosistemas y le su modificación hasta constituirse como una realidad dependiente del quehacer y de las instituciones humanas, de la economía, de la cultura y de los arreglos políticos en los cuales tiene lugar la vida social. Medio ambiente y sociedad son dos aspectos en los que se sintetiza la relación hombre-naturaleza.

Los avances científicos y tecnológicos de las últimas décadas han cambiado aquella antigua preocupación por la naturaleza como fuente de amenaza para la especie humana, haciendo aparecer, en cambio, una naturaleza acechada y amenazada por la acción del hombre. Es ésta una época de riesgos manufacturados, de un racional y sistemático esfuerzo por someter a las fuerzas naturales al control y dominio del hombre. Este propósito llegó incluso a convertirse en el símbolo mismo de la realización humana.

* Profesor-investigador de El Colegio de México.

En los años sesenta, un grupo de pensadores en los campos de la ecología política, las ciencias naturales y las sociales repensaron el mundo bajo la óptica de esas interconexiones y de esa idea de unidad planetaria presente en la condición de existencia de lo ambiental. Esta reflexión emergió como producto de la amenaza que estos hombres y mujeres veían sobre el mundo natural y sobre la vida humana misma, como consecuencia del progreso alcanzado en distintos ámbitos económicos, sociales y políticos. Los años sesenta son años de ansiedad y efervescencia política y, en muchos aspectos, de corte generacional, de romanticismo y protesta, de reacción y rechazo ante los logros de la modernidad. La contaminación es vista como un efecto colateral, no deseado, de la modernidad. Es, no obstante, parte del propio despliegue del ser moderno, particularmente del periodo global que se consolida a fines de la segunda guerra mundial.

En el terreno de lo ambiental, tres autores recogen con nitidez esta inquietud. Ellos son Raquel Carson con su libro *La primavera silenciosa*, Murray Bookchin con su obra *Nuestro medio ambiente sintético*, y Charles Reich con su publicación *El enverdecimiento de América*. De muchas maneras estas obras celebran al mundo natural descubriendo su unidad y enfatizando su vulnerabilidad, apuntan hacia un reconocimiento de la naturaleza como entidad propia, independiente de la razón y el sentido humano. Señalan con severidad crítica el dominio del hombre sobre el mundo no humano y, en muchos sentidos, rechazan ese predominio que observan de una concepción del mundo guiada por el productivismo, el consumo y la búsqueda de la libertad en un inexistente mundo de la abundancia.

En los años setenta, y en los tiempos que rodean a la cumbre de Estocolmo, la ansiedad de la década anterior aparece ya como alarma y con sentido de urgencia, por lo que los problemas del medio ambiente son percibidos como conducentes a una crisis por la sobrevivencia. Esto puede sentirse en tres obras que epitoman el sentir colectivo y particularmente el de la comunidad científica e intelectual de ese momento. Estas obras fueron coincidentemente publicadas en 1972 y son: *Los límites del crecimiento*, del Club de Roma; *La bomba poblacional*, de Paul Erlich, y *Proyecto para la sobrevivencia*, de Edward Goldsmith. El propósito de estos autores era alertar a la humanidad sobre las consecuencias negativas de estos tres procesos que, combinados, eran vistos como la principal amenaza para la viabilidad de la vida en el planeta tierra: las tendencias del crecimiento económico, el rápido crecimiento demográfico y la destrucción del mundo natural.

La crítica de los años sesenta, y con más fuerza la de los años setenta, apunta hacia un paradigma ambiental en el que se sientan las bases para la crítica más contundente de las instituciones de la modernidad, es una crítica a la llamada razón instrumental que se impone ejerciéndose bajo la premisa de conocer para dominar, regular y controlar la naturaleza, sin prever las consecuencias para la vida misma de esta masiva e irreflexiva intervención en el mundo natural, el cual sólo es concebido como reserva de materias primas.

La crisis ambiental aparece como símbolo de la crisis de la sociedad industrial, no como momento pasajero sujeto a la manipulación de la voluntad planificadora, sino consustancial al manejo masivo, intensivo e ilimitado del capital natural por la tecnología moderna. La emergencia pública y los cuestionamientos institucionales que provocan los planteamientos del paradigma ambiental que emerge en los sesenta y setenta ponen en entredicho lo más esencial de la sociedad moderna: la idea del progreso como algo equitativo, equilibrado y acumulativo; la fe en el poder de la razón científica, la búsqueda de la justicia social, la noción de igualdad, la libertad de elección, el papel de la tecnología en la superación de las restricciones del mundo de la necesidad, condición esencial para el tránsito hacia el de la libertad, la democracia y los derechos humanos.

La contaminación ambiental, y específicamente la del aire, puede ser vista como un producto inevitable del progreso, como una consecuencia no deseada del desarrollo industrial y como resultado de una masiva intervención humana en los ecosistemas. No obstante, a pesar de la severidad con que se presentan los problemas ambientales en países como México y en regiones como la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, no siempre existe una conciencia de su presencia y de sus consecuencias. De hecho la conciencia ambiental y la existencia de reivindicaciones de carácter comunitario no son fenómenos que aparezcan siempre simultáneamente. La demanda ambiental emerge como hecho de conciencia y como resultado de un cambio valorativo en las expectativas de vida, en los valores y en la idea de dignidad y calidad de vida, todos ellos conceptos ligados al bienestar.

Es en este contexto donde desea ubicarse el libro que aquí se presenta. En él se sostiene que existe una dimensión social de los problemas ambientales, como es el caso de la contaminación del aire, que posee el mismo estatuto de realidad de los que emergen de su dimensión física. Esta forma de existencia de los problemas depende de un

proceso social de construcción y tiene que ver con su percepción y reconocimiento público. Desde esta perspectiva, un problema puede tener una existencia física pero, a menos que sea socialmente percibido y asumido como tal, resulta comunitariamente irrelevante. Quienes han reflexionado sobre la dimensión social de los problemas ambientales, desde el campo de las ciencias sociales, tratan de explicar los mecanismos por medio de los cuales, en un cierto momento, determinados elementos de la realidad adquieren un significado colectivo especial que los hace emerger al escenario público. En el caso específico de los problemas ambientales algunos autores han abierto un campo de investigación vinculado a la construcción cultural y social del medio ambiente. De acuerdo a estos autores, como un mecanismo de constitución grupal, las sociedades seleccionan el tipo de problemas de los cuales desean preocuparse y aquellos que deciden ignorar. Este proceso selectivo se produce simultáneamente a la elección de las instituciones, los valores y las normas en las que una sociedad decide vivir.

La contaminación, por ejemplo, es un problema que preocupa más a ciertas sociedades que a otras. Pero la preocupación por los problemas ambientales no siempre refleja la severidad que poseen, sino sobre todo el proceso histórico y social de valoración que hace que un problema sea considerado en determinado contexto merecedor de la preocupación comunitaria.

La perspectiva social que se enfatiza en el libro *Aire dividido* no niega las dimensiones física y química de problemas como el de la contaminación atmosférica, más bien las toma como su punto de partida. No obstante se centra en los factores que determinan que un problema con una presencia física de gran magnitud sea o no reconocido como un objeto de preocupación por la sociedad.

Se parte del supuesto de que no es la magnitud de los problemas ambientales, ni necesariamente su urgencia, lo que los convierte en objeto de la atención pública, gubernamental y analítica, sino la forma en la que influyen en el sistema valorativo y en el significado de la vida, el bienestar y la moral pública. Sin esta valoración que lo incorpore como objeto de preocupación y reivindicación, lo ambiental no se convierte en significativo para el grupo social. No importa, por lo tanto, que una comunidad como la que habita el Valle de México respire uno de los aires más contaminados del mundo, ni tampoco las afectaciones a la salud, la economía y los ecosistemas que provoca la mala calidad del aire, si socialmente el problema no posee la relevan-

cia necesaria para competir con otros que hoy día han adquirido la condición de sobrevivencia, como es el caso de la inseguridad.

Daño y conciencia ambiental están mediados por normas sociales y por una voluntad de querer o no querer ver los problemas. Percibir los problemas ambientales es también parte de una elección. Algunas comunidades que enfrentan situaciones de riesgo y que se sienten impotentes para resolver la constante amenaza en la que transcurre su vida deciden, como un elemento de seguridad emocional, ignorar o no ver sus problemas. Las nociones de bienestar y la valoración de la vida son los factores que en última instancia deciden la preocupación por lo ambiental. En muchas ocasiones esta valoración de la vida sólo permite plantear demandas asociadas a la reproducción más elemental: en otras, las sociedades pueden incluir mejores condiciones de vida y se atreven a plantear que lo ambiental es un componente adicional de la canasta básica del bienestar social.

Este libro, que se entrega públicamente el día de hoy, sostiene que los programas para combatir la contaminación del aire en el Valle de México han logrado un importante avance en la lucha contra la contaminación atmosférica. Sostiene también que la generación de funcionarios públicos que se encargó de la gestión ambiental desde fines de los años ochenta le imprimió un mayor profesionalismo y un mayor compromiso a la causa ambiental. No obstante, la magnitud del problema ha rebasado a los esfuerzos desplegados y su inercia se impone algunas veces con un peso aplastante. También sostiene que existe en la problemática ambiental del Valle de México una dimensión social que se hace presente en la forma heterogénea, contradictoria y debatida en que el aire de la ciudad es percibido, construido y vivido por los actores involucrados en formas diversas.

Los programas no conciben la práctica de la intervención y planeación gubernamentales en el contexto conflictual en el que tiene lugar. Desde esta perspectiva, los programas suponen, muchas veces, que la intervención gubernamental es algo que debería tener lugar únicamente dentro del reino de la ciencia y de las verdades invariables, no algo que se lleva a cabo también en los campos de la ideología, de los valores y de la política. En la realidad, muchos de los hallazgos científicos que se han realizado no se traducen en acciones concretas porque se opone el peso de fuertes intereses económicos y políticos que impiden tomar decisiones más drásticas, tanto entre los actores económicos como en la ciudadanía. Poseer el conocimiento científico sobre las causas y consecuencias de la contaminación cons-

tituye una condición necesaria para su solución, pero no es suficiente. El segundo paso consiste en movilizar las fuerzas económicas, políticas y sociales que permitan tomar las decisiones adecuadas.

El medio ambiente del que trata este libro es aquel que se expresa como un hecho de conciencia, tiene que ver con la moral, y se constituye como fenómeno político. Está profundamente enraizado en el ser social y es dependiente de la idea de bienestar y de calidad de vida que una sociedad elige para sí misma y por la que está dispuesta a plantear demandas. Es un hecho de conciencia porque los problemas ambientales no se nos presentan espontáneamente, no nacen de la gravedad o de la magnitud que poseen. Se presentan ante nosotros como producto de la reflexión y cada vez más como consecuencia de su descubrimiento por parte del mundo de los expertos.

Fenómenos como la destrucción de la capa de ozono, el calentamiento de la tierra, el daño a la salud proveniente de los productos químicos que ingerimos con los alimentos o presentes en el aire que respiramos, requieren de la certificación y del reconocimiento de la autoridad científica para ser considerados como riesgosos por la opinión pública.

Los habitantes de la Ciudad de México, por ejemplo, aún no están convencidos de que los 4 millones de toneladas de sustancias tóxicas que anualmente se emiten a la atmósfera constituyen una fuente de riesgo para la salud y una amenaza para los ecosistemas. Más de trescientos días del año se rebasan los estándares de calidad del aire en esta ciudad en lo referente al ozono. Las partículas suspendidas son también una amenaza permanente a la salud de los capitalinos y los hidrocarburos provenientes de vehículos, industrias y servicios, constituyen un peligro para la salud y el bienestar de la población. La modernidad se muestra ciertamente perversa y contradictoria. No obstante, la sociedad mexicana, y entre ella particularmente la que habita la Ciudad de México, no considera entre sus prioridades el problema ambiental. La sociedad parece más preocupada por aquellas cuestiones que directamente y, sin mayor necesidad de reflexión, emergen como problemas de sobrevivencia: la inseguridad, el desempleo, o la pobreza. Esto nos lleva a reflexionar sobre la naturaleza de los problemas ambientales, tal y como son concebidos en este libro que hoy se presenta. En un determinado momento, a nivel mundial, lo ambiental empezó a ser percibido como un problema. El medio ambiente empezó a ser visto en el mundo desarrollado como algo merecedor de existencia y perpetuidad. Como algo cada vez más sus-

ceptible a la acción depredadora del hombre. No obstante, fue un cambio valorativo, una manera distinta de percibir al mundo y el lugar del hombre en el mundo, lo que inició este cambio de una no valoración, a una valoración de la naturaleza y de todas las formas de vida, tanto humanas como no humanas.

Un vuelco del antropocentrismo al ecocentrismo permitió el reconocimiento del valor de la vida no humana por sí misma, al margen de su utilidad para los propósitos humanos. Es éste el cambio de valores y de actitud que aún no se produce en diversos sectores de la sociedad mexicana. La redistribución de la riqueza y del poder son necesarios para sentar las bases de una redefinición en las prioridades como nación y como individuos. No obstante, no basta con la redistribución, se requiere un cambio valorativo, una actitud de prudencia, de autorrestricción y de reconocimiento que el mundo que habitamos no es uno de abundancia sino de escasez, y que es la administración de esta escasez lo que permitirá avanzar hacia una sociedad más justa sustentable.

En México los problemas ambientales han sido muy severos desde hace muchas décadas, pero la conciencia y la protesta han estado ausentes. Miles de niños mueren anualmente por problemas de contaminación de las cadenas alimentarias y por la mala calidad del agua que se consume, muchos habitantes de los grandes centros urbanos son afectados en su salud y su bienestar por la mala calidad del aire que se respira. No obstante, esas evidencias no parecen conducir a ningún remordimiento; ninguna voz se alza para protestar por una situación que se ha vuelto normal. La conciencia sobre los problemas ambientales sólo nacerá con el surgimiento y desarrollo de una capacidad de enojo y de ultraje que permita incluir la demanda por un medio ambiente sano y por una naturaleza con sentido propio como elemento básico de un bienestar y de un equilibrio que brinde a los hombres sustento y justicia, y a la naturaleza su derecho a existir también con dignidad.